



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

**Elaborar pérdidas en el Antropoceno: Aportes desde la psicología para
comprender la solastalgia y el duelo ecológico**

Trabajo Final de Grado

Modalidad: Ensayo Académico

Autora: María Elena Pintos

Tutor: Dr. Mauricio Cheguhem Riani

Revisora: Dra. Clara Betty Weisz

Facultad de Psicología, Universidad de la República

Montevideo, Febrero 2026

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	2
El Antropoceno: Crisis ambiental y transformación de la experiencia humana.....	5
La identidad ambiental como vínculo subjetivo y simbólico con el entorno.....	6
Cultura ecológica e identidades socioecológicas.....	8
Solastalgia: Contribuciones fundacionales y desarrollos contemporáneos.....	9
Brief Solastalgia Scale: Evaluación psicométrica y su dimensionalidad.....	12
Manifestaciones empíricas de la solastalgia.....	14
Implicancias psicológicas de la solastalgia.....	19
Duelo ecológico: elaborar pérdidas en el Antropoceno.....	21
Conclusiones.....	23
Bibliografía.....	25

Resumen

Este trabajo reflexiona sobre la solastalgia y el duelo ecológico como formas emergentes de malestar en el contexto del Antropoceno. A partir de un recorrido teórico y del diálogo con distintos autores y experiencias documentadas, se propone pensar cómo la crisis ecológica no solo afecta a los ecosistemas, sino también a los vínculos afectivos con el territorio, el sentido de hogar y la vida comunitaria.

Finalmente, se plantea la importancia de incorporar la dimensión ecológica al campo psicológico, promoviendo enfoques interdisciplinarios que fortalezcan el sentido de pertenencia, la agencia y el cuidado del entorno. En este marco, se retoma la noción de *Symbiocene* como una invitación a imaginar formas más cuidadosas y cooperativas de habitar un mundo en transición.

Palabras clave: solastalgia, duelo ecológico, identidad ambiental, crisis ecológica, subjetividad, Antropoceno

Introducción

Este ensayo académico se inscribe en el Trabajo Final de Grado de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, y tiene como propósito indagar los efectos subjetivos, simbólicos y culturales de la crisis ecológica actual. En un contexto en el que los eventos climáticos extremos, la pérdida de biodiversidad y la degradación ambiental se han convertido en realidades cotidianas para millones de personas, se vuelve imprescindible reflexionar no solo sobre las causas materiales de esta crisis, sino también sobre sus implicancias psicológicas, en particular sobre los modos en que estas transformaciones impactan en los procesos subjetivos, afectivos y representacionales, en la percepción del mundo, en el vínculo con el entorno y en la configuración de la experiencia individual y colectiva.

El concepto de Antropoceno, propuesto por el químico atmosférico Paul Crutzen, da nombre a esta época en la que la actividad humana se ha convertido en una fuerza geológica capaz de alterar profundamente el sistema Tierra (Bonneuil & Fressoz, 2020). Más allá del debate técnico sobre su validez como categoría¹, el Antropoceno opera como un marco interpretativo que permite comprender cómo la transformación acelerada del entorno

¹ En marzo de 2024, la *International Union of Geological Sciences* rechazó la propuesta de formalizar el Antropoceno como una nueva época geológica, manteniendo abierto el debate sobre su estatuto científico, pese a su amplio uso en las ciencias sociales y humanas (Carrington, 2024).

impacta la vida cotidiana, los vínculos comunitarios y la construcción de sentido. Desde esta perspectiva, la crisis ecológica no es solo un problema ambiental, sino un fenómeno que atraviesa lo subjetivo y cultural, generando experiencias de pérdida, desarraigo y angustia que la psicología puede ayudar a analizar y abordar.

En este marco, se retoma el concepto de solastalgia, acuñado por Glenn Albrecht (2007), que nombra un tipo de angustia vinculada a la transformación del entorno vital, sin necesidad de desplazamiento geográfico. Se trata de una forma de desarraigo que se experimenta permaneciendo en el mismo lugar, cuando lo que cambia es el paisaje que sostenía emocional y simbólicamente la vida cotidiana. La solastalgia refleja cómo las condiciones del Antropoceno afectan la salud mental y la identidad ambiental, mostrando la íntima conexión entre los procesos ecológicos y los procesos psicológicos.

No obstante, la experiencia de solastalgia no se limita a un malestar individual. Lo que se pone en juego es una afectación colectiva, que exige nuevas formas de elaboración y comprensión. En este sentido, el concepto de duelo ecológico permite pensar cómo se elaboran o no las pérdidas asociadas a la degradación ambiental: desaparición de especies, transformaciones territoriales, desplazamientos forzados y pérdida de modos de vida tradicionales. Así como el duelo implica un proceso de resignificación frente a la pérdida, el duelo ecológico invita a explorar qué herramientas simbólicas, afectivas y culturales tenemos (o necesitamos crear) para afrontar el sufrimiento ecológico.

Estas experiencias están profundamente ligadas a la construcción de identidad ambiental (Clayton, 2003), entendida como el modo en que las personas se reconocen a sí mismas en relación con los entornos naturales y culturales que habitan. Esta identidad, lejos de ser estática o universal, se ve afectada por las políticas extractivas, la fragmentación del tejido comunitario y la mercantilización de la naturaleza. Al mismo tiempo, también puede ser un punto de partida para resistencias, reconstrucciones y nuevas formas de enraizamiento.

Desde un enfoque cualitativo y teórico, este ensayo se basa en una revisión bibliográfica crítica de autores contemporáneos que han abordado estos fenómenos desde diferentes disciplinas. Se reconoce que el análisis de estas problemáticas requiere considerar los contextos locales y las experiencias afectivas implicadas. En lugar de aplicar modelos teóricos de manera cerrada, se propone pensar con ellos, abrir preguntas y señalar la necesidad de seguir desarrollando herramientas conceptuales, políticas y clínicas que nos permitan comprender y elaborar el sufrimiento ecológico.

En los capítulos que siguen, se desarrollará primero el marco conceptual del Antropoceno como diagnóstico de época, mostrando cómo la transformación humana del planeta se entrelaza con cambios culturales, simbólicos y afectivos que configuran la experiencia cotidiana. A continuación, se explorarán las categorías de solastalgia y duelo ecológico, no sólo como indicadores de malestar individual y colectivo, sino también como una suerte de lentes para comprender la construcción de identidades, los vínculos comunitarios y las formas de enraizamiento en el entorno. Este análisis permitirá pensar cómo el sufrimiento ambiental se manifiesta en distintos contextos y cómo las respuestas simbólicas y afectivas se articulan con las prácticas culturales existentes.

El capítulo de cierre propondrá una reapropiación crítica de la solastalgia, integrando perspectivas sobre duelo y desarraigo, y destacando su utilidad para interpretar y elaborar experiencias de pérdida ambiental. En este marco, se presentará la noción de Symbiocene, propuesta por Glenn Albrecht (2007) como un nuevo paradigma que invita a transformar la relación entre las personas y los sistemas socio-ecológicos, pasando de la angustia por la degradación a la construcción de vínculos sostenibles y significativos con la naturaleza.

Desde la psicología, este enfoque abre múltiples caminos para comprender y acompañar el malestar ecológico: permite analizar cómo la degradación de los sistemas socio-ecológicos afecta la salud mental, cómo se construye y se reconstruye la identidad ambiental, y cómo las personas y comunidades pueden elaborar procesos de duelo y fortalecer la resiliencia frente a la pérdida del entorno. Asimismo, ofrece herramientas para desarrollar intervenciones que integren lo subjetivo, lo afectivo y lo comunitario, combinando análisis cualitativos y cuantitativos, inscribiéndose en un estudio psicológico orientado al fortalecimiento de enfoques de resiliencia y sustentabilidad ambiental, enriqueciendo la comprensión de la experiencia humana frente a la crisis ecológica.

El Antropoceno: Crisis ambiental y transformación de la experiencia humana

A inicios del siglo XXI, en el marco de un encuentro científico celebrado en México, el químico atmosférico Paul Crutzen interrumpió una discusión sobre la influencia humana en el planeta Tierra con una declaración contundente: la era actual ya no correspondía al Holoceno, sino al Antropoceno. Esta afirmación marcó un hito en la comprensión de nuestra época, redefiniendo el papel de la humanidad: pasó a ser una fuerza con capacidad de modificar profundamente el equilibrio ecológico global (Bonneuil & Fressoz, 2020).

Posteriormente, Crutzen propuso formalmente este concepto y situó su inicio alrededor de 1784, fecha que coincide con la invención de la máquina de vapor de James Watt, un hito

de la Revolución Industrial y del modelo energético basado en combustibles fósiles (Crutzen, 2002, citado en Bonneuil & Fressoz, 2020).

Si bien el término tiene raíces anteriores en pensadores como Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707–1788), Antonio Stoppani (1824–1891) o Vladimir I. Vernadski (1863–1945), en la actualidad el Antropoceno como una categoría interdisciplinaria que nos permite pensar no solo el impacto humano en la Tierra, sino también los desafíos sociales, políticos y simbólicos que dicho impacto conlleva (Bonneuil & Fressoz, 2020).

Más allá de la transformación física del planeta, el Antropoceno implica también una crisis de representación. Según Latour (2017), esta época borra los límites entre naturaleza y cultura y nos obliga a repensar el lugar de la humanidad dentro del sistema Terrestre. Esta premisa desafía las concepciones arraigadas y plantea interrogantes fundamentales: ¿dónde finaliza lo natural y dónde se inicia lo humano?, y ¿cuáles son las implicaciones de esta redefinición para nuestras acciones y responsabilidades? Esta situación tensiona profundamente las modalidades de habitar y cuestiona los imaginarios territoriales, así como los vínculos afectivos establecidos con el entorno.

Desde una perspectiva ecocrítica, el Antropoceno puede pensarse no solo como una categoría geológica, sino también como una crisis de la imaginación y del sentido (Casals y Chiuminatto, 2020). En *Futuro esplendor: Una ecocrítica desde Chile*, los autores señalan que la modernidad consolidó una mirada de la naturaleza como algo externo, disponible para la explotación y el dominio técnico. Esta ruptura entre “lo humano” y “lo natural”, devenida del pensamiento de la Modernidad, ha dado lugar a una forma de alienación ecológica que hoy comienza a ser cuestionada por distintos enfoques contemporáneos.

En este sentido, *Futuro esplendor* habilita una reflexión que también puede articularse con la psicología ambiental, en particular en torno a la necesidad de reconstruir una sensibilidad ecológica que fortalezca nuestra conexión emocional y simbólica con el entorno. Recuperar ese vínculo no supone solamente un cambio cultural, sino también un proceso subjetivo, ya que la transformación o pérdida de los espacios cotidianos suelen ir acompañados de experiencia de desarraigo y malestar frente la degradación del entorno.

Desde distintos enfoques, estas experiencias de pérdida ambiental han sido abordadas a través de nociones como la *Solastalgia* (Albrecht, 2005), concepto que en investigaciones posteriores ha sido retomado en relación con el malestar vinculado al cambio ambiental (Cunsolo & Ellis, 2018; Pihkala, 2020), así como el duelo ecológico, orientado a describir las respuestas emocionales frente a la degradación del entorno. En este trabajo, ambas

nociones serán desarrolladas con mayor profundidad en los capítulos siguientes, en tanto permiten abrir una lectura desde el campo psicológico sobre la dimensión afectiva del Antropoceno y sus implicancias para la salud mental y el sentido de pertenencia.

La identidad ambiental como vínculo subjetivo y simbólico con el entorno

Frente a este contexto, cobra relevancia el concepto de identidad ambiental introducido por la psicóloga e investigadora Susan Clayton (2003). De acuerdo con la autora, la identidad ambiental implica:

un sentido de conexión con alguna parte del entorno natural no humano, basado en la historia, el apego emocional, y/o similitud, que afecta las formas en que percibimos y actuamos hacia el mundo; una creencia de que el medio ambiente es importante para nosotros y una parte importante de quiénes somos (pp. 45-46).

Esta noción se refiere a una forma de identidad en la que la relación con el entorno natural resulta relevante para la construcción del sentido del Yo. En este marco, la identidad no se define únicamente a partir de rasgos individuales o sociales, sino también a partir del vínculo que las personas establecen con el ambiente que habitan. Clayton amplía su definición sosteniendo que el entorno constituye una parte relevante del yo, influyendo en la manera que los sujetos se comprenden a sí mismos y orientan sus acciones en el mundo.

Desde esta perspectiva, la identidad ambiental trasciende una visión meramente estética o instrumental de la naturaleza, convirtiéndose en un componente que constituye el sujeto. Sentimos que el lugar donde vivimos es parte de nosotros, como una segunda piel que guarda recuerdos, emociones y momentos importantes. Esta conexión genera un sentido de pertenencia a algo más grande que uno mismo, reforzando la percepción de propósito e influencia en el mundo. Además, compartir valores ambientales puede fortalecer las relaciones sociales y los sentimientos de pertenencia, promoviendo la solidaridad ambiental más allá de las diferencias individuales o culturales (Olivos, Aragonés y Amérigo, 2011; Clayton, 2021).

Ampliando esta perspectiva, la identidad ambiental puede verse como una dimensión particular de la identidad de lugar, un concepto propuesto por Proshansky, Fabian y Kaminoff (1983). Estos autores describen que la identidad de lugar es como una

subestructura del *self*, conformada por vínculos afectivos, cognitivos y simbólicos con espacios significativos de la vida cotidiana. En este sentido, lo que los autores denominan como “pasado ambiental” (las experiencias, recuerdos e interpretaciones subjetivas acumulados a lo largo del tiempo) constituye la base de dicha identidad, permitiendo a las personas reconocerlos, apropiarse de ellos y sentirse seguros en determinados entornos. El vínculo con el entorno natural ofrece así un sentimiento de pertenencia a un “todo” que lo sostiene, lo define y le otorga un propósito dentro del mundo.

En esta línea, Valera (1996) destaca el carácter simbólico del espacio, entendiéndolo no solo como un ámbito físico, sino como una construcción social cargada de significados. Estos significados, tanto personales como colectivos, emergen de la interacción entre las características materiales del espacio y las prácticas sociales, históricas, políticas e ideológicas que lo atraviesan. Desde esta perspectiva, la identidad ambiental se construye de forma continua entre los sujetos y su entorno, donde convergen diferentes dimensiones.

En contextos de crisis ambiental, esta identidad se ve amenazada, dando lugar a experiencias de desarraigo, vacío existencial y consecuencias para el bienestar psicológico tanto a nivel individual como colectivo. Comprender la identidad ambiental implica, por lo tanto, reconocer que las relaciones con el entorno trascienden lo meramente utilitario y están profundamente ligadas al bienestar subjetivo, al sentido de pertenencia y a los modos en que se experimentan y significan los espacios habitados.

Reconocer la identidad ambiental como una construcción afectiva y simbólica abre, a su vez, la posibilidad de una reflexión más amplia sobre las formas culturales que configuran los modos de habitar y relacionarse con la naturaleza. Desde este punto, el análisis se desplaza hacia el campo de la *ecocultura*² y de las identidades socioecológicas, donde las experiencias individuales se entrelazan con procesos históricos, políticos y colectivos que dan forma a los vínculos entre las personas y su entorno.

Cultura ecológica e identidades socioecológicas

El concepto de identidades ecoculturales, propuesto por Pérez-Marín y Cruz Hernández (2020), permite profundizar este análisis al mostrar que estos vínculos afectivos con el

² El término *ecocultura* refiere a la interdependencia entre los ecosistemas biológicos y los sistemas culturales. Desde una perspectiva psicológica, este concepto permite analizar cómo las cosmovisiones, los saberes y las prácticas colectivas median la relación subjetiva de los sujetos con su entorno físico, dando lugar a identidades socioecológicas específicas (Pretty, 2011).

entorno se construyen en contextos históricos particulares, atravesados por saberes ancestrales, dinámicas extractivas y luchas por la significación del territorio. Desde esta perspectiva, las formas de identificación con la naturaleza son construcciones culturales situadas, moldeadas por ideologías ambientales y por las trayectorias históricas de las comunidades. Lejos de ser universales u homogéneas, estas identidades se configuran en contextos particulares donde sujetos y colectivos producen sentidos propios sobre la naturaleza, en diálogo con sus modos de vida, resistencias y memorias territoriales. Este enfoque permite comprender los conflictos ambientales como disputas entre identidades ecoculturales en tensión. Comunidades locales, actores globales y políticas públicas confrontan distintos modos de habitar, defender y significar el territorio. La ecocultura se presenta así como un proceso dinámico de negociación entre saberes ancestrales, prácticas productivas y afectos territoriales, siempre mediado por estructuras de poder. En este sentido la comunicación ecocultural, resulta clave para analizar cómo se expresan y disputan estas relaciones con la naturaleza, reconociendo que el modo en que nombramos y representamos el mundo no solo refleja creencias, sino que instituye prácticas socio-materiales (Milstein, 2011, citado en Pérez-Marín y Cruz Hernández, 2020).

Pensar la relación entre personas y entorno implica, entonces, superar la tradicional división entre naturaleza y cultura. El concepto de sistemas socioecológicos precisamente explicita cómo los aspectos sociales (como prácticas, saberes y formas de habitar) se entrelazan con procesos ecológicos en una dinámica constante. Como señala Folke (2006), lo social y lo ecológico no pueden entenderse por separado, sino como partes interdependientes de un mismo sistema vivo.

En consonancia con esta mirada, Isabelle Stengers (2015) propone una ecología de las prácticas, entendida como una forma de atención y cuidado hacia los modos diversos en que los seres (humanos y no humanos) participan en la construcción del mundo común. Su planteo invita a “aprender a ser afectados” por las múltiples agencias del mundo más-que-humano³, cuestionando las narrativas del dominio y la separación. En lugar de concebir la naturaleza como un objeto externo o pasivo, Stengers propone reconocer la multiplicidad de relaciones y dependencias que sostienen la vida, así como los saberes situados que emergen de esas interacciones. Esta perspectiva dialoga con la noción de ecocultura como entramado de prácticas, saberes y afectos que configuran modos de vida diversos y situados, y que demandan una ética de la coexistencia basada en la atención, la reciprocidad y el cuidado.

³ El término *más-que-humano* es desarrollado por el ecopsicólogo David Abram (1996) para referirse a una concepción relacional del mundo que incluye no solo a los seres humanos, sino también a los elementos bióticos y abióticos, cuestionando una mirada estrictamente antropocéntrica.

Desde esta mirada, las identidades ambientales y ecoculturales no son fenómenos aislados o puramente simbólicos, sino elementos activos dentro de los sistemas socioecológicos. Las transformaciones en estos sistemas afectan no solo a los ecosistemas, sino también a las formas de vida, los vínculos afectivos y las memorias asociadas a los lugares. La pérdida o degradación del entorno puede romper estos lazos afectivos y simbólicos, generando malestar subjetivo y sensación de desarraigo.

Es precisamente en ese punto de fractura, cuando el territorio deja de ofrecer consuelo y continuidad, donde emerge la solastalgia: una experiencia de sufrimiento ambiental que pone en evidencia la dimensión emocional y existencial de los cambios ecológicos contemporáneos.

Solastalgia: Contribuciones fundacionales y desarrollos contemporáneos

El concepto de solastalgia fue desarrollado por Glenn Albrecht (2007), para designar una forma de sufrimiento vinculada a la transformación negativa del entorno habitado. A diferencia de la nostalgia (que remite al dolor provocado por la distancia, la migración o la imposibilidad de regresar al hogar) la solastalgia describe el malestar que se experimenta permaneciendo en el lugar de origen, cuando este ha perdido las cualidades que antes le otorgaban sentido, consuelo y estabilidad emocional. Se trata, por tanto, de una añoranza situada en el presente: una vivencia de pérdida que no proyecta a un pasado ni hacia un lugar lejano, sino que se arraiga en el aquí y el ahora, donde el entorno comienza a tornarse irreconocible.

Desde el punto de vista etimológico, el término combina las raíces *solace* (consuelo), *desolation* (abandono) y el sufijo *-algia* (dolor), condensando la tensión entre la necesidad de amparo y la experiencia de desolación frente a un medio ambiente que se degrada o se transforma. Albrecht acuñó esta noción para dar nombre a una forma particular de angustia emocional derivada de la pérdida de integridad del entorno vital, especialmente en contextos de crisis ecológica, extractivismo o cambio ambiental acelerado. En este sentido, la solastalgia puede entenderse como un indicador del sufrimiento ambiental contemporáneo y como una manifestación del impacto psicológico y simbólico que generan las transformaciones ecológicas en las subjetividades y en las comunidades que habitan dichos territorios.

El propio Albrecht define la solastalgia como “la experiencia vivida de cambio ambiental negativo” (2016, p. 2) y la describe como “la nostalgia del hogar cuando aún se está en casa” (Albrecht, 2005, p. 45). Esta formulación subraya el carácter paradójico de la experiencia: el sujeto no ha abandonado su lugar, pero ya no logra reconocerse plenamente en él. El entorno íntimo, aquel que antes brindaba seguridad y continuidad, se ve alterado por transformaciones ecológicas vividas como traumáticas.

Este tipo de sufrimiento se manifiesta como una ruptura en la relación entre las personas y su territorio, erosionando el sentido de pertenencia, la identidad y el bienestar. La solastalgia se enraíza en el presente y en el lugar vivido; expresa el dolor de presenciar la degradación del entorno cercano y de experimentar esa transformación como una amenaza a los vínculos afectivos construidos con el espacio. No implica un deseo de huida ni una idealización del pasado, sino un anhelo persistente de que el entorno continúe siendo una fuente de consuelo y sostén emocional.

En este sentido, la solastalgia permite pensar con mayor precisión los malestares subjetivos propios del Antropoceno, donde la aceleración de los cambios ambientales afecta de manera directa la vida cotidiana y la experiencia de habitar. A diferencia de otras emociones ecológicas orientadas hacia escenarios futuros, la solastalgia se ancla en pérdidas ya acontecidas, vividas corporal y afectivamente en el presente.

Las experiencias de solastalgia pueden ser desencadenadas por una amplia variedad de factores que modifican el entorno vital y afectan la relación afectiva con el lugar donde habitan. Estos factores se pueden agrupar en dos grandes categorías. Por un lado, se encuentran los factores naturales, como sequías prolongadas, incendios forestales, inundaciones y otros eventos climáticos extremos. Por otro lado, están los factores antrópicos y sociales que transforman el territorio y los modos de habitarlo. En esta categoría se incluyen la deforestación, la minería a cielo abierto, la degradación ambiental generada por actividades extractivas, la gentrificación de barrios tradicionales, los cambios institucionales acelerados, los conflictos armados o la violencia estructural, así como proyectos de infraestructura que alteran drásticamente el territorio. A ello se suma la globalización cultural y la consecuente pérdida de referentes comunitarios, que también contribuyen a experiencias de desarraigo y malestar ambiental (véase Albrecht, 2007; Cunsolo & Ellis, 2018).

En el marco del estudio de las emociones ecológicas y sus implicancias socioculturales, la solastalgia ha emergido como una categoría clave para pensar el sufrimiento psicológico y existencial que provoca la transformación del entorno natural. Diversos autores la han

recuperado como herramienta conceptual para abordar los vínculos entre territorio, afectividad y crisis climática (Albrecht, 2016; Pihkala, 2020; Tschakert et al., 2019).

Pihkala (2020), en su análisis sobre la ansiedad ecológica, define la solastalgia como un dolor emocional que surge ante pérdidas ambientales ya concretadas como la degradación de paisajes o ecosistemas, y que interrumpe la conexión emocional que las personas mantienen con espacios significativos (pp. 9–10). El autor resalta su doble dimensión: por un lado, espacial, en tanto se vincula con el apego al lugar, y por otro, existencial, al implicar la desestabilización de formas identitarias profundamente arraigadas. En este punto se apoya en trabajos como los de Askland y Bunn (2018), quienes subrayan el carácter ontológico de la experiencia. Pihkala advierte también que la solastalgia puede entrelazarse con otras emociones vinculadas al cambio climático, como el duelo ecológico o el trauma ambiental, aunque se distingue por su carga nostálgica frente a un entorno perdido, con claras consecuencias en la salud mental, sobre todo en comunidades atravesadas por eventos disruptivos (pp. 6, 10).

De manera similar Tschakert et al. (2019) conceptualizan la solastalgia como un sufrimiento ambiental colectivo que surge cuando las comunidades permanecen en territorios transformados ecológicamente hasta volverse irreconocibles. Esta experiencia genera una profunda crisis de pertenencia e identidad y es enmarcada por las autoras dentro de la noción de “violencia climática lenta”, es decir, procesos de deterioro ambiental que ocurren de forma gradual, acumulativa y muchas veces invisibilizada. A partir de esta perspectiva, critican los abordajes clásicos del cambio climático por centrarse en variables cuantificables, dejando de lado las dimensiones afectivas y culturales de la pérdida. Como respuesta, proponen marcos interpretativos más integradores, que reconozcan los relatos locales y el impacto psicosocial de la degradación ecológica, al tiempo que reivindican la necesidad de políticas públicas inclusivas, éticas y reparadoras.

Por otro lado, Cunsolo y Ellis (2018) aportan una perspectiva centrada en el duelo ecológico, en cuyo marco ubican a la solastalgia como una de sus expresiones más concretas. La definen como el malestar emocional generado por la transformación negativa del entorno vivido, retomando el concepto de Albrecht para vincularla con las experiencias de comunidades profundamente ligadas a sus territorios. Estos autores destacan que la solastalgia no solo visibiliza la dimensión afectiva del cambio climático, sino que también permite reconocer sus efectos como crisis identitarias, relacionales y culturales. Por ello, plantean la urgencia de abordajes interdisciplinarios y sensibles al territorio que incorporen el componente emocional en las respuestas socioambientales.

Como aporte más reciente, Stanley (2023) introduce el concepto de solastalgia anticipatoria, una variante que se manifiesta en el presente ante la expectativa de una futura degradación ambiental. A diferencia de la ecoansiedad, que suele tener un carácter más abstracto o difuso, esta forma de malestar se ancla en un lugar concreto cuya transformación aún no ha ocurrido, pero se percibe como inminente. Según la autora, esta experiencia puede comprometer el bienestar psicológico y emocional; sin embargo, también encierra un potencial movilizador, en tanto puede convertirse en una fuerza que impulse la acción climática colectiva.

Brief Solastalgia Scale: Evaluación psicométrica y su dimensionalidad

El estudio novedoso de Christensen et al. (2024) representa un aporte fundamental para la medición de la solastalgia. A partir de datos recopilados en tres amplias muestras australianas, recogidas con posterioridad a los incendios forestales de 2019-2020, los autores llevaron a cabo un riguroso análisis psicométrico de la subescala de solastalgia incluida en la Environmental Distress Scale (Higginbotham et al., 2006). Mediante análisis factoriales y Teoría de Respuesta al Ítem, confirmaron la unidimensionalidad de la escala y, a partir de ello, propusieron una versión abreviada de cinco ítems a Brief Solastalgia Scale (BSS) que mostró excelente consistencia interna, ajuste factorial y estabilidad en muestras independientes.

La BSS se compone de cinco ítems orientados a evaluar el malestar emocional asociado a los cambios ambientales percibidos como negativos o no deseados. Las afirmaciones que integran la escala hacen referencia a la preocupación por la pérdida de aspectos valorados del entorno, al malestar frente a los cambios en el paisaje y a la percepción de que el propio estilo de vida se ve amenazado por dichas transformaciones. Entre ellos, se encuentran los ítems: *“I am worried that aspects of this area that I value are being lost”*, *“I am upset at the way this area looks now”*, *“My lifestyle is being threatened by change in my local area”*, *“Unique aspects of nature that made this place special are being lost forever”* y *“I am saddened by unwelcome change I see in my landscape”*⁴ (Christensen et al. 2024; véase Apéndice 1, p. 92).

Considerados en conjuntos, estos indicadores permiten reflexionar sobre cuestiones centrales de la solastalgia, tales como la tristeza ante el deterioro ambiental, la

⁴ Traducción propia de los ítems de la *Brief Solastalgia Scale*:

Estoy preocupado/a porque se están perdiendo aspectos de esta área que valoro.

Me molesta la forma en que se ve ahora esta área.

Mi estilo de vida se ve amenazado por los cambios en mi entorno local.

Aspectos únicos de la naturaleza que hacían especial a este lugar se están perdiendo para siempre.

Me entristecen los cambios no deseados que observo en mi paisaje.

preocupación por la pérdida del entorno familiar y el sentimiento de amenaza sobre formas de vida previamente significativas. En cuanto a la validez externa, los autores reportan que mayores puntajes en la BSS se asocian con una percepción más negativa del estado ambiental local y con una mayor conexión con la naturaleza, así como con emociones negativas vinculadas al cambio climático, hallazgos consistentes con la conceptualización teórica del constructo (pp. 87).

Asimismo, los autores encontraron una asociación negativa con la satisfacción vital, lo que sugiere que una mayor intensidad de este malestar se vincula con menores niveles de bienestar subjetivo. En contraste, no se observaron asociaciones significativas con la salud física, lo que podría reforzar la idea de que la solastalgia se expresa principalmente en el plano emocional y subjetivo (p. 90).

Resulta pertinente detenerse, en el modo en que la BSS es retomada en este trabajo. A lo largo de este ensayo, la solastalgia es abordada como un fenómeno complejo, que no reduce exclusivamente a una respuesta emocional individual, sino a que involucra dimensiones simbólicas, culturales y territoriales. Sin embargo, la evidencia psicométrica presentada por los autores permite establecer un diálogo constructivo con esta perspectiva más amplia. Que los ítems de la BSS se organicen en torno a un único factor predominante permite pensar la solastalgia, al menos en términos operativos, como una experiencia de malestar emocional que se presenta de forma integrada.

Ahora bien, reconocer esta unidimensionalidad no implica reducir la complejidad conceptual de la solastalgia ni borrar su dimensión cultural y subjetiva. Más bien, puede entenderse como una decisión metodológica que permite avanzar en su medición y comparación entre distintos contextos. Esto no excluye, sino que más bien invita, a complementar estos resultados con aproximaciones cualitativas que permitan explorar cómo se entrelazan y se expresan las distintas facetas del fenómeno en la experiencia concreta de las personas.

Manifestaciones empíricas de la solastalgia

El caso de Upper Hunter (Australia): génesis del concepto

La región de Upper Hunter, en Nueva Gales del Sur (Australia), constituye el escenario en el que se originaron los primeros desarrollos empíricos del concepto de solastalgia. De acuerdo con Albrecht (2005), a comienzos del siglo XXI la expansión de la minería de carbón a cielo abierto y la instalación de centrales eléctricas produjeron transformaciones profundas y aceleradas del paisaje, con efectos significativos sobre la vida cotidiana de las comunidades locales. Estos procesos, impulsados por corporaciones estatales y

multinacionales, generaron contaminación atmosférica, degradación ambiental por deforestación y destrucción de bosque nativo, alteraciones hidrológicas asociadas a la salinización del río Hunter y una marcada pérdida de biodiversidad.

En este contexto, Albrecht y un equipo interdisciplinario se propusieron explorar la relación entre el deterioro del ecosistema y la salud humana, así como evaluar la pertinencia empírica de la noción de solastalgia. En 2003 desarrollaron un estudio cualitativo basado en entrevistas en profundidad de tipo semiestructurado. Entre abril y diciembre de ese año se recopilaron más de cincuenta testimonios de residentes de la región y de informantes considerados relevantes. La muestra incluyó personas de entornos rurales y urbanos, con ocupaciones vinculadas tanto a la actividad agrícola como a otros sectores, así como habitantes con trayectorias diversas en la comunidad: desde residentes históricos hasta recién llegados. La participación fue voluntaria y se realizó a partir de una convocatoria difundida por medios locales, organizaciones comunitarias y redes sociales.

El análisis de las entrevistas revela un malestar profundo asociado al avance de la minería y a la transformación acelerada del entorno. Para muchos habitantes, estos cambios no implicaron únicamente el deterioro del paisaje, del río Hunter y de las tierras agrícolas, sino también una alteración de los vínculos comunitarios y del sentido de pertenencia. A ello se sumaron tensiones sociales vinculadas al crecimiento de las industrias extractivas: aumento del costo de vida, alta rotación de vecinos, mayor influencia de empresas multinacionales y una creciente desconfianza entre quienes apoyaban y quienes cuestionaban el desarrollo energético.

El sufrimiento expresado por los residentes no se limitó al plano emocional. En las transcripciones aparecen referencias a estrés, depresión, trastornos del sueño, enfermedades respiratorias y a la percepción de tasas inusualmente elevadas de cánceres raros. Estas vivencias se articularon, además, como experiencias de injusticia ambiental y de impotencia frente a procesos económicos y políticos de gran escala. Esta dimensión se observa con claridad en testimonios como el de Dora, quien señala que “the love of that place, it doesn’t mean anything now that we’ve got all those wretched international companies” (Albrecht, 2005, p. 53)⁵. De modo similar, Brenda sintetiza el agotamiento comunitario al afirmar que “people are tired” (p. 53)⁶, mientras que Eve expresa la carga emocional asociada al deterioro del paisaje al señalar que “it almost reduces me to tears to

⁵ “El amor por ese lugar ya no significa nada ahora que tenemos todas esas miserables empresas internacionales”. *Traducción propia*.

⁶ “La gente está cansada”. *Traducción propia*.

think about it” y anticipa que, una vez agotado el carbón, solo quedará “The Final Void” (p. 52)⁷.

En conjunto, estos relatos permiten comprender de manera situada la experiencia de solastalgia como una forma de angustia vinculada a la transformación del lugar habitado: el mismo espacio que anteriormente brindaba consuelo, identidad y estabilidad se vuelve progresivamente irreconocible. En Upper Hunter, esta vivencia se manifestó como pérdida del sentido de control, debilitamiento del tejido comunitario y afectaciones físicas y emocionales que evidencian cómo la degradación ambiental y las presiones sociales asociadas inciden directamente en la salud y el bienestar de la población.

Wallow Fire (Estados Unidos): incendio forestal y trauma ecológico

Un segundo caso que permite observar empíricamente la solastalgia es el del incendio Wallow Fire, ocurrido en 2011 en el estado de Arizona (Estados Unidos). Este evento devastó más de 700 millas cuadradas (aprox. 1.900 km²) de superficie forestal y afectó gravemente a comunidades rurales como Springerville, Eagar y Alpine.

El estudio de Eisenman et al. (2015), publicado en la revista *EcoHealth*, analizó el impacto psicosocial del incendio a partir de la hipótesis de que la degradación repentina del entorno puede constituirse en una fuente significativa de sufrimiento emocional. Los autores combinan el enfoque de salud del ecosistema (que subraya la interdependencia entre bienestar humano y paisaje) con el modelo de poblaciones vulnerables, que sostiene que los efectos en salud dependen tanto de la exposición al riesgo como de los recursos disponibles.

La investigación se realizó un año después del incendio mediante una encuesta enviada por correo a hogares de cinco comunidades afectadas. Además de recabar información sociodemográfica, el instrumento indagó en las consecuencias económicas del evento, la situación familiar y el rol desempeñado por cada persona durante el incendio. Para medir la angustia psicológica se utilizó la escala Kessler-10 (K10), mientras que la solastalgia fue evaluada mediante una escala breve diseñada específicamente para el estudio, que incluía ítems referidos a tristeza, duelo, estrés y pérdida del vínculo con el bosque quemado.

A partir del análisis de 416 residentes, Eisenman et al. (2015) encontraron que aproximadamente un tercio de la muestra presentaba niveles clínicamente significativos de malestar psicológico según la K10. La solastalgia emergió como un factor central del

⁷ “Pensar en ello casi me hace llorar” y “El vacío final”. *Traducción propia*.

malestar emocional: cada punto adicional en la escala de solastalgia incrementó en un 1,26 la probabilidad de angustia psicológica, incluso al controlar otras variables relevantes.

Asimismo, el estudio mostró que las pérdidas económicas asociadas al incendio se vincularon con mayores niveles de malestar, mientras que contar con ingresos más altos y un buen funcionamiento familiar operó como factor protector. En contraste, variables como residir permanentemente en la zona o haber defendido la vivienda durante el incendio perdieron significación estadística en el análisis multivariado.

En base a estos resultados, los autores sostienen que la transformación abrupta del paisaje puede vivirse como una pérdida profunda, no sólo material sino también afectiva y simbólica, al disminuir la capacidad del entorno de ofrecer consuelo emocional. En esta línea, plantean que los procesos de recuperación comunitaria no deberían limitarse a la reconstrucción material o económica, sino incorporar dispositivos que favorezcan el duelo territorial y la reconstrucción del vínculo con el entorno mediante acciones comunitarias y prácticas de restauración ambiental participativa.

Oriente antioqueño (Colombia): conflictos hídricos y duelo territorial

El estudio de Arias López, Jiménez Ospina, Vasco Vargas y Parra Mojica (2025) documenta cómo los cambios ambientales asociados a la instalación de proyectos hidroeléctricos generan un profundo malestar emocional en comunidades campesinas del oriente antioqueño. Las autoras muestran que estos procesos activan sentimientos de pérdida territorial expresados como tristeza, nostalgia, miedo, rabia y frustración frente a la amenaza que se cierne sobre los ríos y la vida comunitaria.

El vínculo afectivo con el río ocupa un lugar central en estas experiencias. Un entrevistado afirma: “el río para mí es eso: son recuerdos de infancia ... uno sabe que el río es vital ... ocupa un lugar muy especial” (Arias López et al., 2025, p. 383), lo que evidencia el fuerte arraigo emocional construido en torno al territorio hidrosocial. De modo similar, otra participante expresa: “a mí el río en sí me da mucha nostalgia pensando en esos proyectos” (p. 384), dando cuenta de vivencias que pueden ser leídas, desde la psicología, como formas de duelo anticipatorio frente a la amenaza de pérdida territorial. También emerge la preocupación por la desafección social, como se observa en el testimonio: “a mí me da tristeza ver cómo la gente es indiferente a esto que nos afecta a todos” (p. 384).

Estas vivencias se configuran como narrativas colectivas en torno a la pérdida del territorio. Una expresión recurrente en las entrevistas “no queremos ser turistas en nuestras propias tierras” (p. 383) sintetiza el temor a dejar de pertenecer al lugar propio y a verlo

transformado en función de intereses externos. Asimismo, aparece la preocupación por la continuidad de la vida campesina, tal como se refleja en el testimonio: “tener al río nos garantiza que las nuevas generaciones también puedan disfrutarlo” (p. 383).

Finalmente, el estudio muestra que estas emociones no se traducen únicamente en sufrimiento individual, sino que también impulsan procesos de organización social y prácticas comunitarias de cuidado territorial. En este sentido, las respuestas colectivas frente a la amenaza ambiental permiten pensar la solastalgia en su dimensión relacional, en tanto articula afectos compartidos, pertenencia al territorio y formas de acción colectiva orientadas a la defensa del entorno. La solastalgia se manifiesta así tanto en el dolor por la pérdida actual o anticipada del territorio como en las estrategias comunitarias desplegadas para resistir y resignificar dicha pérdida.

Un caso emblemático: Kilifi, Kenia

El estudio desarrollado por Wahid et al. (2025) en el condado de Kilifi, Kenia, constituye uno de los ejemplos contemporáneos más robustos para comprender cómo el cambio climático trasciende lo biofísico y se configura como una crisis profunda de salud mental. Esta investigación resulta particularmente relevante porque analiza a la comunidad mijikenda, cuya subsistencia y estructura identitaria dependen intrínsecamente de la estabilidad de su entorno natural. En este escenario, la solastalgia no aparece como un concepto abstracto, sino como una manifestación empírica de un proceso de pérdida que se instala de manera progresiva en la vida cotidiana de las personas.

De acuerdo con los hallazgos de los autores, la solastalgia en esta región se caracteriza por una persistente sensación de tristeza, cansancio emocional y un retiro progresivo de las actividades sociales y económicas. Este cuadro se alinea con definiciones teóricas previas que describen el fenómeno como una forma de desposesión emocional (Barton, 2017, como se citó en Wahid et al., 2025). Sin embargo, el valor del caso de Kilifi reside en que permite observar cómo este malestar se traduce en comportamientos de riesgo concretos. Los relatos recogidos por los investigadores dan cuenta de un “dolor silencioso”, una angustia difícil de verbalizar que, ante la ausencia de canales de apoyo adecuados, puede derivar en consumo problemático de sustancias, aumento de conflictos intrafamiliares e incluso la aparición de ideación suicida (Wahid et al., 2025, pp. 7–8).

Un punto crítico que resalta el estudio es la escasa visibilidad de este sufrimiento en las agendas de salud pública. Mientras que los efectos del cambio climático suelen registrarse a través de indicadores productivos y ambientales, las formas de padecimiento psíquico

asociadas a la pérdida del paisaje tienden a quedar relegadas en los discursos sanitarios oficiales. Como señalan Wahid et al. (2025), se configura así una brecha entre la acelerada transformación del clima y la capacidad institucional para reconocer y acompañar los nuevos modos de sufrimiento vinculados a la degradación ambiental.

La conexión entre la comunidad mijikenda y su territorio permite dimensionar la profundidad del daño experimentado. Para esta población, la degradación del entorno no se limita a la merma de recursos materiales, sino que implica la erosión de los referentes culturales que sostienen su identidad colectiva. Una expresión recogida durante las entrevistas *vitu vinavyojulikana vinaisha*⁸ manifiesta esta vivencia al transmitir la sensación de que “las cosas conocidas se están terminando” (Wahid et al., 2025, p. 6). Cuando los participantes mencionan la caída de los cocoteros (*minazi*), la disminución de la fauna local o el agotamiento crónico de los ríos, no solo describen transformaciones ecológicas, sino la desarticulación de un modo de vida transmitido por generaciones, en el que cada elemento del entorno cumple una función simbólica y existencial (Wahid et al., 2025, p. 3).

La dimensión lingüística considerada en el estudio ofrece elementos relevantes para el análisis de la solastalgia. Durante el proceso de adaptación cultural de la escala de medición, se evidenció que ciertos términos no lograban dar cuenta de la intensidad del malestar experimentado por la comunidad. En este sentido, los miembros de la comunidad rechazaron el término “debilitamiento” (*kudhoofika*) por considerarlo insuficiente y optaron por el concepto de “humillación” (*dhalilishwa*), al entender que este reflejaba con mayor precisión la vivencia de verse afectados por fuerzas ambientales que escapan a su control (Wahid et al., 2025, p. 5). Esta elección semántica pone de manifiesto que la crisis ambiental no es vivida únicamente como un proceso de deterioro progresivo, sino como una experiencia de vulneración profunda que compromete la dignidad y la agencia de las personas.

Finalmente, el proceso de validación de la escala EDS-Solastalgia en Kilifi muestra que la eficacia de los instrumentos de evaluación en salud mental depende de su sensibilidad cultural. La revisión conjunta del instrumento permitió que los habitantes se reconocieran en las preguntas planteadas, legitimando el malestar vivido y su estrecha vinculación con los cambios ambientales.

En conjunto, este caso pone de relieve la necesidad de que los marcos teóricos sobre la solastalgia se nutran de la experiencia empírica situada, reconociendo que el dolor por el

⁸ “Las cosas conocidas se están terminando”. Traducción propia.

territorio perdido es, al mismo tiempo, un dolor por los vínculos, las prácticas y las identidades que se ven amenazadas por la crisis climática global.

Implicancias psicológicas de la solastalgia

La solastalgia es un concepto relativamente nuevo, por lo que sus implicancias todavía se están definiendo y ampliando. Albrecht et al. (2007) destacan la importancia de seguir investigando este fenómeno desde distintas perspectivas para entender mejor sus manifestaciones e impactos diversos. En la misma línea, Pihkala (2020) señala que, al ser un fenómeno en desarrollo, las consecuencias psicológicas y sociales de la solastalgia pueden variar según el contexto. Por su parte, Fritze et al. (2008) remarcan que las respuestas emocionales frente a la degradación ambiental son complejas y variadas, lo que hace necesario profundizar en su estudio para comprender toda la gama de experiencias que abarca este fenómeno. Por eso, no existe aún una lista definitiva de sus implicancias, sino que estas van emergiendo y ampliándose conforme avanza la investigación en distintos ámbitos sociales, psicológicos y ambientales. A continuación, se presentan algunas de las implicancias más destacadas identificadas en la literatura actual.

Uno de los efectos más profundos de la solastalgia es la crisis en el sentido de identidad que puede generar. La desaparición de paisajes significativos ya sea por incendios, sequías, urbanización o contaminación, no implica únicamente una pérdida material, sino también una ruptura de la continuidad simbólica que vincula a la persona con su mundo. La pregunta “¿Quién soy yo sin el bosque que me vio crecer?” (Pihkala, 2020, p. 10) refleja este desarraigo psíquico que se instala frente a cambios ambientales irreversibles, evidenciando una inseguridad ontológica que implica una alteración profunda en el sentido de estabilidad y coherencia del Yo. En este contexto, las emociones como la tristeza persistente, la ansiedad, el vacío o la desorientación no deben entenderse como patologías aisladas, sino como respuestas legítimas y comprensibles ante la experiencia real de pérdida (Pihkala, 2020).

La degradación ambiental también puede provocar lo que se denomina ansiedad anticipatoria, caracterizada por una vigilancia constante ante signos de deterioro, así como el temor a que lo perdido se repita o incluso empeore. Este tipo de ansiedad puede generar evitación de lugares previamente significativos, como senderos, arroyos o bosques, que ahora se perciben como fuentes de angustia debido a su transformación o destrucción (Albrecht, 2019). Kaplan (2016) acuñó el término estrés pretraumático para describir este fenómeno, el cual fue retomado por Craps (2020) para referirse a una inmovilización

emocional provocada por la anticipación de futuras catástrofes ambientales. Esta forma de ansiedad no se relaciona con eventos ya ocurridos, sino con temores intensos sobre lo que aún no ha sucedido, fenómeno que se observa con creciente frecuencia entre jóvenes, activistas, científicos y comunidades en zonas de riesgo.

Asimismo, la solastalgia implica una fractura en la relación simbólica y afectiva entre el individuo y su entorno. Cuando la naturaleza, antes percibida como fuente de refugio, estabilidad o identidad, se vuelve irreconocible, el propio yo puede resquebrajarse. Craps (2020) retoma el concepto de *Anthropocene disorder*, propuesto por Timothy Clark, para explicar este desajuste entre la escala humana y la magnitud del desastre ecológico, que produce sensaciones de impotencia, alienación y extrañamiento difíciles de nombrar, pero profundamente sentidas (p. 277). Desde la teoría de la biofilia, formulada por Wilson (1986), se plantea que existe una conexión innata entre los seres humanos y la naturaleza, de modo que cuando esta conexión se ve frustrada pueden emerger sentimientos de anomia, desorientación y una profunda pérdida de sentido. Por ello, la solastalgia se revela también como una herida simbólica: la pérdida no es solo de un lugar, sino de la propia capacidad de reconocerse en el mundo.

En muchos casos, la degradación ambiental se produce sin consulta ni participación de las comunidades afectadas, de forma impositiva por parte de gobiernos o corporaciones, generando en estas una sensación de indefensión y falta de control. Esta vivencia reiterada puede conducir a lo que Seligman (1972, citado en Wahid et al., 2025) denominó indefensión aprendida, que es la creencia de que no importa lo que se haga, nada cambiará. Wahid et al. (2025) advierten que esta percepción no solo deteriora la salud mental individual, sino que también bloquea la organización y movilización colectiva necesarias para enfrentar la crisis ambiental. La sensación de imposibilidad de intervenir refuerza el retraimiento, la desesperanza y el abandono de prácticas antes asociadas al cuidado del entorno.

Uno de los aspectos más dolorosos de la solastalgia es que se trata de un duelo sin reconocimiento social ni cultural. No existe un luto formal por un bosque quemado, un río contaminado o una laguna que se seca, aunque muchas personas vivan estas pérdidas como reales y profundas. Cunsolo y Ellis (2018) señalan que este sufrimiento, al no estar validado institucional ni culturalmente, queda invisibilizado y, por ende, difícil de procesar.

Actualmente, la solastalgia no aparece en manuales diagnósticos como el DSM-5 (American Psychiatric Association, 2013), lo que limita su reconocimiento y abordaje clínico. Muchas personas afectadas son tratadas con diagnósticos convencionales de ansiedad o depresión,

sin que se entienda el origen ambiental y simbólico de su malestar (Albrecht, 2019; Pihkala, 2020). Instrumentos como la *Brief Solastalgia Scale* (Christensen et al., 2024) comienzan a ofrecer rutas para diagnosticar este sufrimiento ecológico, ampliando las posibilidades de intervención clínica y comunitaria.

Duelo ecológico: elaborar pérdidas en el Antropoceno

Si la solastalgia da cuenta del malestar afectivo que se experimenta ante la transformación negativa de los entornos habitados, el duelo ecológico puede entenderse como una elaboración posterior o coincidente, más profunda de elaboración simbólica frente a la pérdida (real o anticipada) de vínculos con la naturaleza. En continuidad con las afectaciones subjetivas exploradas anteriormente, el duelo ecológico se configura como una experiencia compleja que emerge en respuesta a la conciencia del deterioro ecológico irreversible, poniendo en juego dimensiones psicológicas emocionales, cognitivas, somáticas y políticas. Lejos de tratarse de una reacción patológica o excepcional, constituye una forma legítima de sufrimiento que interpela las formas contemporáneas de habitar el mundo en el contexto del Antropoceno.

Este concepto ha sido desarrollado en profundidad por Panu Pihkala (2020), quien propone una tipología amplia del duelo ecológico que permite captar la heterogeneidad de estas experiencias. Entre ellas se encuentran tanto las pérdidas tangibles (como la extinción de especies, el colapso de ecosistemas o la transformación de paisajes) como las pérdidas intangibles: saberes ancestrales, modos de vida comunitarios o incluso la capacidad de imaginar un futuro. Muchas de estas pérdidas no son claras ni definitivas: pueden ser ambiguas, como ocurre con los territorios profundamente alterados que, si bien persisten físicamente, ya no conservan su identidad ecológica o simbólica; o no finitas, en tanto el daño es progresivo, acumulativo y sin posibilidad de cierre. En otras ocasiones, lo que se desvanece es un horizonte de sentido compartido, una manera situada y afectiva de estar en el mundo.

El duelo ecológico, sin embargo, no siempre se manifiesta de forma visible ni es reconocido socialmente. Pihkala (2020) recurre al concepto de “duelo desautorizado” para nombrar aquellas emociones que, al no estar culturalmente legitimadas, son minimizadas, ignoradas o incluso ridiculizadas. Lamentar la pérdida de un bosque o la desaparición de un glaciar puede parecer desmedido desde ciertas perspectivas racionalistas, pero para quienes lo viven, ese dolor es tan real como persistente. Este tipo de sufrimiento, al no encontrar reconocimiento colectivo, queda muchas veces atrapado en el silencio, generando formas de pena crónica que no alcanzan los umbrales clínicos pero afectan sostenidamente el

bienestar psíquico. El autor también identifica el duelo anticipatorio, una modalidad de sufrimiento caracterizada no por la pérdida concreta, sino por la expectativa angustiante de futuras pérdidas. Este tipo de duelo es común entre jóvenes que perciben que el deterioro ecológico compromete su devenir, y que incluso replantean decisiones fundamentales como la posibilidad de tener hijas o hijos.

Desde una perspectiva clínica, este fenómeno puede pensarse como una vivencia multidimensional. En el plano cognitivo, muchas personas desarrollan una hiperconciencia ambiental entendida como un estado de vigilancia sostenida ante señales de colapso. Esta atención aguda, lejos de ser delirante, suele basarse en una lectura lúcida y sensible de la realidad. Se manifiesta, por ejemplo, en la necesidad de documentar pérdidas, seguir de forma obsesiva noticias sobre catástrofes ecológicas o registrar cotidianamente el retroceso de especies o paisajes conocidos. Sin embargo, esta sobreexposición a datos alarmantes puede derivar en una sobrecarga emocional y cognitiva que interfiere con la planificación vital y alimenta una sensación de futuro clausurado (Pihkala, 2020, 2022).

A nivel emocional, el duelo ecológico involucra afectos intensos como tristeza, ansiedad, desesperanza, rabia ecológica y culpa del sobreviviente, entendida aquí no en un sentido patológico individual, sino como una respuesta ética y relacional que emerge cuando quienes son conscientes del daño ambiental continúan participando (aunque sea de forma involuntaria) de un sistema que destruye las condiciones básicas de la vida en línea con los desarrollos de Pihkala (2020). Estas emociones, si bien no siempre configuran un cuadro clínico, sí impactan de forma sostenida en la subjetividad, reconfigurando la forma en que se perciben el presente y el futuro. Es importante subrayar que no son expresiones disfuncionales, sino modos éticamente significativos de responder al sufrimiento del mundo más-que-humano, entendido como el entramado de relaciones que excede lo exclusivamente humano e incluye a otros seres vivos, ecosistemas y materialidades que sostienen las condiciones de posibilidad de la vida.

Lo corporal también juega un rol central en la expresión del duelo ecológico. Síntomas como insomnio, fatiga crónica, alteraciones del apetito o dolores inespecíficos pueden estar asociados a un estado de estrés ecológico crónico (Pihkala, 2020; Cunsolo et al., 2020). En este sentido, el cuerpo actúa como un sensor de la crisis ambiental: capta, registra y expresa en su biología lo que muchas veces no logra ser simbolizado. El sufrimiento ambiental se encarna, se vuelve material, inscribiéndose en la experiencia somática cotidiana.

Desde una perspectiva relacional, el duelo ecológico se encuentra con una dificultad estructural: la escasez de lenguajes colectivos para simbolizar estas pérdidas. En sociedades que niegan agencia o valor simbólico a los elementos naturales, el dolor por su pérdida carece de legitimidad. Bruno Latour (2017) sostiene que esta imposibilidad de duelo está ligada a la ruptura moderna entre naturaleza y cultura, que relegó a la primera a una condición de objeto sin voz ni estatuto político. Esta fractura no solo obstaculiza las respuestas colectivas a la crisis ecológica, sino que impide elaborar emocionalmente las pérdidas, porque no existen marcos simbólicos que habiliten el duelo. Recuperar estos vínculos, como propone Latour, requiere repensar las relaciones entre lo natural, lo social y lo político, habilitando otros modos de narrar lo perdido, de alojarlo simbólicamente y, en algunos casos, de repararlo.

En este marco, resulta fundamental validar estas formas de sufrimiento sin caer en la patologización. Como enfatiza Pihkala (2020), el duelo ecológico no es un trastorno, sino una respuesta ética, lúcida y profundamente humana ante la conciencia de un mundo que se desvanece. Invisibilizar estas emociones no las elimina, sino que las intensifica. Reconocerlas, por el contrario, abre la posibilidad de construir espacios de cuidado que integren el dolor sin negarlo, permitiendo procesos de elaboración y sentido que también pueden devenir en formas de acción transformadora.

Conclusiones

Este trabajo se propuso reflexionar sobre la solastalgia y el duelo ecológico como formas emergentes de malestar en el contexto del Antropoceno, entendiendo la crisis ecológica no solo como un fenómeno ambiental, sino como una transformación profunda de la experiencia subjetiva, simbólica y territorial. A lo largo del recorrido teórico y del análisis de distintos casos, se puso en evidencia que la degradación ambiental afecta el sentido de hogar, la identidad y los vínculos afectivos con el entorno, generando formas de sufrimiento que no siempre encuentran reconocimiento social ni clínico.

En este marco, conceptos como la solastalgia y el duelo ecológico permiten nombrar experiencias que históricamente han quedado invisibilizadas dentro del campo de la psicología. Tal como señalan Albrecht (2016, 2019) y Pihkala (2020), estos malestares no constituyen respuestas patológicas individuales, sino expresiones legítimas de una sensibilidad ética y relacional frente a la pérdida ambiental. La dificultad para simbolizar estas experiencias, junto con la ausencia de marcos diagnósticos y herramientas clínicas específicas, contribuye a que el sufrimiento ecológico sea frecuentemente reducido a categorías como ansiedad o depresión, desatendiendo su origen territorial y ambiental.

Desde esta perspectiva, el trabajo subraya la necesidad de ampliar el campo de intervención psicológica para incorporar la dimensión ecológica como parte constitutiva de la subjetividad. Intervenciones clínicas, comunitarias y educativas que fortalezcan la agencia, el sentido de pertenencia y los vínculos con el entorno aparecen como estrategias relevantes para acompañar estos procesos de malestar y elaboración (Baudon & Jachens, 2021; Ojala et al., 2021). En el contexto uruguayo, donde los efectos de la crisis climática comienzan a hacerse cada vez más visibles, desarrollar investigación local y políticas públicas sensibles al impacto psicoambiental resulta un desafío urgente.

En este sentido, la propuesta del Symbiocene, formulada por Albrecht (2016), funciona como un horizonte posible para pensar futuros alternativos. No como una promesa inmediata ni como una solución técnica, sino como un marco que invita a imaginar relaciones más simbióticas, cooperativas y cuidadosas entre personas y ecosistemas. Recuperar la dimensión afectiva del vínculo con la naturaleza y reconocer el papel de los territorios como sostén simbólico y emocional de las comunidades permite orientar prácticas psicológicas, sociales y políticas alineadas con modos de habitar más responsables en un mundo profundamente transformado por la acción humana.

Finalmente, este trabajo presenta algunas limitaciones que es necesario reconocer. El enfoque teórico adoptado obligó a dejar fuera múltiples dimensiones relevantes del malestar ecológico, así como conceptos vinculados: como la ecoansiedad, el ecotrauma o ciertas perspectivas de justicia ambiental, cuya profundización excede los cometidos del presente ensayo. Además, la producción local sobre estos temas es todavía escasa, por lo que la mayor parte de la literatura consultada proviene de otros contextos culturales y geográficos (Baudon & Jachens, 2021; Ojala et al., 2021). Aun así, estas limitaciones no restan valor al campo, sino que señalan la urgencia de continuar investigando y de abrir espacios dentro de la psicología uruguayo para abordar los desafíos subjetivos que plantea la crisis ecológica contemporánea.

Bibliografía

Abram, D. (1996). *The spell of the sensuous: Perception and language in a more-than-human world*. Pantheon Books.

Albrecht, G. (2005). Solastalgia: A new concept in health and identity. *PAN: Philosophy Activism Nature*, (3), 41–55.

Albrecht, G. (2019). *Earth emotions: New words for a new world*. Cornell University Press. <https://doi.org/10.7591/cornell/9781501715228.001.0001>

Albrecht, G. A. (2016). *Exiting the Anthropocene and entering the Symbiocene*. Humans and Nature. <https://humansandnature.org/exiting-the-anthropocene-and-entering-the-symbiocene/>

Albrecht, G (2007). Solastalgia: *The distress caused by environmental change*. *Australasian Psychiatry*, 15(Suppl 1), S95–S98. <https://doi.org/10.1080/10398560701701288>

American Psychiatric Association. (2013). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (5th ed.). APA Publishing.

Arias López, B. E., Jiménez Ospina, L., Vasco Vargas, V., & Parra Mojica, E. P. (2025). Autoprotección, solastalgia y cuidado en los conflictos por el agua: Estudio multicaso en el oriente antioqueño, Colombia. *Agua y Territorio*, (25), 377–390. <https://doi.org/10.17561/at.25.8111>

Baudon, P., & Jachens, L. (2021). A scoping review of interventions for the treatment of eco-anxiety. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(18), 9636. <https://doi.org/10.3390/ijerph18189636>

Bonneuil, C., & Fressoz, J. B. (2020). El acontecimiento antropoceno. *Ciencias Sociales y Educación*, 9(17), 251–280. <https://doi.org/10.22395/csye.v9n17a12>

Carrington, D. (2024, Marzo 22). *Geologists reject declaration of Anthropocene epoch*. The Guardian. <https://www.theguardian.com/science/2024/mar/22/geologists-reject-declaration-of-anthropocene-epoch>

Casals, A., & Chiuminatto, P. (2020). *Futuro esplendor: ecocrítica desde Chile*. Orjikh editores.

Christensen, B. K., Monaghan, C., Stanley, S. K., Walker, I., Leviston, Z., Macleod, E., Rodney, R. M., Greenwood, L.-M., Heffernan, T., Evans, O., Sutherland, S., Reynolds, J., Calear, A. L., Kurz, T., & Lane, J. (2024). The Brief Solastalgia Scale: A psychometric evaluation and revision. *EcoHealth*, 21(1), 83–93. <https://doi.org/10.1007/s10393-024-01673-y>

Clayton, S. (2003). Environmental identity: A conceptual and an operational definition. En S. Clayton & S. Opatow (Eds.), *Identity and the natural environment* (pp. 45–65). MIT Press.

Clayton, S. (2021). Environmental identity: What it is and why it matters. *European Journal of Social Psychology*, 51(4–5), 922–932.

Craps, S. (2020). Climate trauma. In C. R. Miller & M. Tougaw (Eds.), *The Routledge companion to literature and trauma* (pp. 275–284). Routledge.

Cunsolo, A., & Ellis, N. R. (2018). Ecological grief as a mental health response to climate change-related loss. *Nature Climate Change*, 8(4), 275–281.
<https://doi.org/10.1038/s41558-018-0092-2>

Eisenman, D., McCaffrey, S., Donatello, I., & Marshall, G. (2015). An ecosystems and vulnerable populations perspective on solastalgia and psychological distress after a wildfire. *EcoHealth*, 12(4), 602–610. <https://doi.org/10.1007/s10393-015-1052-1>

Folke, C. (2006). Resilience: The emergence of a perspective for social–ecological systems analyses. *Global Environmental Change*, 16(3), 253–267.

Fritze, J. G., Blashki, G. A., Burke, S., & Wiseman, J. (2008). Hope, despair and transformation: Climate change and the promotion of mental health and wellbeing. *International Journal of Mental Health Systems*, 2(1), 13.
<https://doi.org/10.1186/1752-4458-2-13>

Latour, B. (2017). *Facing Gaia: Eight lectures on the new climatic regime*. Polity Press.

Ojala, M., Cunsolo, A., Ogunbode, C. A., & Middleton, J. (2021). Anxiety, worry, and grief in a time of environmental and climate crisis: A narrative review. *Annual Review of Environment and Resources*, 46, 35–58.
<https://doi.org/10.1146/annurev-environ-012220-022716>

Olivos, P., Aragonés, J. I., & Amérigo, M. (2011). The connectedness to nature scale: Its relationship with environmental identity and environmental concern. *Journal of Environmental Psychology*, 31(4), 281–289.

Pérez-Marín, A., & Cruz Hernández, D. (2020). Identidades ecoculturales: Conflictos y resistencias en la defensa del territorio. *Revista de Antropología Social*, 29(2), 215–232.

Pihkala, P. (2020). Eco-anxiety and environmental education. *Sustainability*, 12(23), 10149. <https://doi.org/10.3390/su122310149>

Pihkala, P. (2022). The process of eco-anxiety and ecological grief: A narrative review and a new proposal. *Sustainability*, 14(24), 16628. <https://doi.org/10.3390/su142416628>

Pretty, J. (2011). *The Edge of Extinction: Landscapes, Loss and Resilience*. Cornell University Press.

Proshansky, H. M., Fabian, A. K., & Kaminoff, R. (1983). Place-identity: Physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3(1), 57–83. [https://doi.org/10.1016/s0272-4944\(83\)80021-8](https://doi.org/10.1016/s0272-4944(83)80021-8)

Raile, P. (2023). Multiple psychotherapeutic approaches and perspectives on eco-anxiety. *Frontiers in Psychology*, 14, 1162616. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2023.1162616>

Rando, T. A. (1986). *Loss and anticipatory grief*. Lexington, MA: Lexington Books.

Stanley, S. K. (2023). *Anticipatory solastalgia in the Anthropocene: Climate change as a source of future-oriented distress about environmental change*. *Journal of Environmental Psychology*, 91, Article 102134. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2023.102134>

Tschakert, P., Ellis, N. R., Anderson, C., Kelly, A., & Obeng, J. (2019). One thousand ways to experience loss: A systematic analysis of climate-related intangible harm from around the world. *Global Environmental Change*, 55, 58–72. <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2018.11.006>

Valera, S. (1996). Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano. *Psicothema*, 8(1), 7–19.

Wahid, S. S., Khakali, L. N., Agoi, F., Oestericher, B., Mendenhall, E., & Bosire, E. N. (2025). Cultural and contextual adaptation of the solastalgia subscale of the Environmental Distress Scale in drought-affected Kilifi, Kenya. *Global Mental Health*, 12, e13. <https://doi.org/10.1017/gmh.2025.8>

Wilson, E. O. (1986). *Biophilia*. Harvard University Press.